

—Perdonad, habeis tenido pleitos.

—Nuestras tierras se tocan, señor. Hay entre nosotros un desgraciado curso de agua, que es para los rivereños un eterno motivo de disgustos.

El señor Galpin-Daveline inclinó la cabeza.

—Vosotros no sólo habeis tenido diferencias, señor, dijo. Habeis tenido, y esto todo el mundo lo ha sabido, al tercados violentos.

El conde de Claudieuse estaba como desolado.

—Es verdad, nos hemos cambiado algunas frases..... El Señor de Boiscoran tenia dos malditos perres, que siempre se escapaban de su perrera, para venir á meterse en mis terrenos.... Es increíble lo que destruyeron los sotos....

—Precisamente.... Y un día en que encontrásteis al señor de Boiscoran, lo amenazásteis con matar á sus perres....

—Estaba furioso, lo reconozco; pero estaba en un error, lo cofesaré mil veces, lo amenacé....

—Todo eso es exacto. Ambos estabais armados, os acalorásteis, fué amenazado por vos, y apuntó para dispararos.... No lo neguéis; diez personas lo han visto, lo sé, él me lo ha dicho.



No habia una sola persona de la poblacion que no supiera de qué mal tan espantoso habia sido atacado Cocolé: todos estaban persuadidos de que cuantos cuidados se le prodigaban eran inútiles.

Los dos hombres que lo habian llevado creian que habian hecho bastante con dejarlo sobre un monton de paja húmeda. Lo abandonaron en seguida y fueron á mezclarse entre la tur a para referir lo que habian oido.

Es un acto de justicia decir que de los centenares de aldeanos que apresuradamente se presentaron al derredor de los escombros humedados de Valpisoa, su primer movimiento fué el de abrumar con sus pullas y maldiciones, al sér sin cerebro que habia atribuido el incendio al señor de Boiscoran.

Desgraciadamente los primeros movimientos, los buenos, son de muy corta duracion.

Uno de esos malvados pícaros, perezosos, borrachos y bajamente envidiosos, que lo mismo se encuentran en el fondo de los campos como en las ciudades, exclamó:

— ¡Por qué no ha de ser!

Estas solas palabras llegaron á ser el punto de partida de las más atrevidas suposiciones.

Las querellas del conde de Claudieueo y del señor de Boiscoran habian sido públicas.

Era bien sabido qué casi todos los primeros disgustos, habian prevenido del conde y que siempre su joven amigo habia acabado por ceder.

¿Por qué el señor de Boiscoran, humillado, no habia de recurrir á aquel medio para vengarse de un hombre que debia odiar, pensaban, y sobre todo temer?...

— ¡Es acaso porque él es noble y rico? decía con mofa el pícaro.

De allí á buscar circunstancias en apoyo de las afirmaciones de Cocolé, no habia más que un paso, que pronto fué franqueado. De los grupos que se formaron, hubo dos hombres y una mujer que con cierto modo dieron á entender que tal vez llegarían, á sorprenderse si ellos decían lo que sabían. Se les ins-

tó para que hablaran, y como era natural, se rehusaron. Pero ya habian dicho demasiado.

De buena ó mal grades fueron conducidos á la casa, donde en aquel momento el señor Galpin-Daveline interrogaba al conde de Claudieuse.

Era tal la animacion de la turba, y tan grande el ruido que formaban, que el señor Seneschal, estremeciéndose ante la idea de un nuevo accidente, se precipitó hácia la puerta.

— ¡Qué hay ahora? gritó.

— ¡Testigos! aquí están otros testigos! respondieron los aldeanos.

— Os traen testigos, señor, dijo al juez.

Sin duda alguna, el señor Galpin-Daveline maldijo la interrupcion.

Pero conocia bastante á los aldeanos para saber que era importante preferir su buena voluntad, y que no obtendria nada si dejaba á su cautelosa prudencia recobrar la ventaja.

— Volveremos más tarde a nuestra... conversacion, señor conde, dijo al señor de Claudieuse.

Y respondiendo al señor Seneschal.

— Que entren esos testigos, dijo, pero solos y uno á uno...

El primero que se presentó fué el hijo único

de un acomodado arrendatario de la pequeña población de Bréchy, llamado Ribot. Era un muchachón de veinticinco años, anchas de espaldas, con una cabeza muy pequeña, una estrecha frente y enormes orejas de un colorado muy vivo.

Tenia, en dos leguas á la redonda, la reputación de un seductor irresistible y de tener un carácter algo altivo.

Después de haberle preguntado su nombre, profesión y edad:

—¿Qué es lo que sabeis? prosiguió.

El muchacho Ribot se irguió y con un aire de fatuidad que al ser comprendido hizo estallar la risa en todos los aldeanos:

—Tenia esta tarde, respondiò, un negocio... muy importante, del otro lado del castillo de Beiscoran. Me esperaban y como habia tardado, tomé el camino más corto por las lagunas. Sabia que por las frecuentes lluvias de los días pasados, los fcos debian estar llenos de agua; pero para un negocio como el que yo llevaba, siempre se tiene piernas....

—Evitadnos esos detalles ociosos, pronunció friamente el juez.

El guapo muchacho pareció más sorprendido que disgustado de la interrupción.

—Como guste el señor juez, dijo. Por entonces, serian poco más de las ocho, habia

entrado ya la noche, cuando llegué á los estanques de la Seille. Estaban tan llenos, que el agua pasaba más de dos pulgadas arriba de las piedras por donde se derrama. Me preguntaba cómo haria para atravesar sin mojarme, cuando del otro lado, viniendo en sentido inverso del mio, apercibí al señor de Beiscoran,

—¿Estais bien seguro de que ól era?

—¡Vaya! si hasta le he hablado!... Pero escuchadme. No tuvo ól miedo de mojarse. Sin vacilar, se levantó sus pantalones, metiéndoselos en sus grandes botas coloradas, y pasó— Solo entonces fué cuando Me vió y pareció admirarse. Yo no lo estaba ménos—¿Cómo, vos por aquí, señor? le dije. El me respondió— Sí, he tenido que ver á una persona en Bréchy, Aquello era muy posible; sin embargo le dije todavía:—Pero me parece que habeis equivocado el camino! Se puso á reir.—No sabia que los estanques se hubieran desbordado, respondiò, y esperaba sacar algunos pájaros del agua.... Y al decir esto me mostró su fusil. En vista de eso nada tuve ya que replicar, pero sin embargo, despues de todo lo que ha pasado, encuentro que es muy extraño....

Esta declaración, el señor Galpin Daveline

la había escrito palabra por palabra. Después:

—¿Cómo estaba vestido el señor de Boiscoran? preguntó.

—Esperad.... tenía unos pantalones grises una chaqueta de terciopelo marrón y un panamá de grande ala....

El estupor y la inquietud se pintaban en los semblantes del conde y la condesa de Claudiuse, del señor Daubigeon y del mismo doctor Seignebo.

Una circunstancia de la contestación de Rivot llamaba sobre todo, la atención: había visto al señor de Boiscoran con los pantalones metidos en las botas, para pasar los derrames de agua.

—Podéis retiraros, dijo el señor Galpin Davelins al muchachón Rivot; que se presente otro testigo.

Ese otro era un viejo de un renombre bastante desagradable, que habitaba solo unas ruinas á media legua de Valpinson.

Se llamaba el padre Gaudry.

Lo mismo que el hijo de Rivot había mostrado seguridad, aquel hombre, vestido de sucios y pestilentes harapos, parecía humilde y temeroso.

Después de haber dado su nombre:

—Serian las once de la noche, declaró, cuan-

do atravesaba yo por un pequeño sendero del bosque de Rochepommier....

—¡Ibais á robar leña!.... dijo severamente el juez.

—¡Día del buen Dios! gimió el viejo juntando sus manos; es muy fácil decir una cosa semejante.... ¡Robar leña, yo!.... No, mi buen señor; iba sencillamente á acostarme en lo más retirado del bosque, para estar dispuesto á levantarme á la salida del sol, para buscar hongos y cepas que iria á vender á Sauveterre.... Seguia, pues, mi camino, cuando de repente, detrás de mí escuché los pasos de un hombre.... Naturalmente, tuve miedo....

—¡Porque robais!....

—¡Oh! no, mi buen señor; estaba solo y era de noche, comprendéis.... En fin, me oculté detrás de un árbol, y casi al momento vi pasar al señor de Boiscoran, á quien reconocí muy bien á pesar de la obscuridad; debía tener mucha cólera, porque hablaba bastante alto, lanzaba juramentos, gesticulaba, y hubo un momento en que arrancó de las ramas un montón de hojas....

—¿Tenia un fusil?....

—Sí, mi buen señor, precisamente el fusil habiamos causado miedo, lo había tomado por un guarda....

El tercer y último testigo era una buena y

atravila quintera, la señora Courtois, cuya quiata estaba situada del otro lado del bosque de Rochepommier.

Interrogada, después de un momento de indecisión:

—Lo que sé es bien poco, respondió; pero quiero siempre decirlo: Como esperábamos tener muchos obreros estos días, quería hacer una hornada mañana: me había ido en mi burro al molino de la montaña de Sauveterre para buscar harina. No tenía yo prisa y como el molinero me dijo que me la daría si quería esperar, me quedé con él á comer. Cosa de las diez, me dió un saco que los muchachos amarraron sobre mi burro y me puse en camino. Había caminado más de la mitad y debían ser cerca de las once, cuando al llegar al bosque de Rochepommier, mi burro dió un paso en falso y tiró el saco. Estaba muy acongojada porque no me encontraba con fuerzas para cargarlo sola, cuando á diez pasos de mí, salió un hombre del bosque. Lo llamé y vino. Era el señor Boiscoran. Lo pedí que me ayudara y sin hacerse del rogar, puso su fusil en la tierra, tomó el saco y lo colocó en el burro. Le dí las gracias, me dijo que no había de qué y . . . eso es todo.

Siempre de pie en el dintel de la puerta de la pieza donde disputaba el paso á la ávida

curiosidad de los aldeanos, el corregidor de Sauveterre se resignaba á las humildes funciones de un alguacil.

Cuando la señora Courtois se retiró toda confusa, y tal vez arrepentida de lo que acababa de decir:

—¿Hay todavía álguien que sepa alguna cosa? gritó.

Y como ninguno se presentara, cerró sin ceremonia la puerta, agregando:

—Entónces alejáos, amigos míos, y dejad á la justicia que obre en paz.

La justicia, en la persona del juez de instrucción, era entonces presa de las más crueles perplejidades.

Consternado hasta el punto de no saber por donde comenzar, el señor Galpin Devaline estaba con los codos apoyados en la mesa, delante de la cual se había sentado para escribir: tenía la frente entre las manos, parecía buscar una salida á la dificultad en que se había metido.

De repente se irguió, y olvidándose de su orgullo acostumbrado, dejó caer su máscara de glacial impassibilidad.

—¡Y bien! dijo, como si en la angustia de su espíritu esperara algún socorro ó implorara un consejo, ¡y bien! . . .

Nadie le respondió.

Su estupor había contagiado á todos los que lo rodeaban: al conde y la condesa de Claudiuse, al señor Seneschal, al procurador de la República y al mismo doctor Seignebo.

Cada uno de ellos se debatía aún contra aquel resultado inverosímil, inconcebible, inaudito....

En fin, despues de un momento de silencio:

—Lo habeis visto, señores, dijo el juez con una extraña amargura: tenía razon en interrogar á Cocolé.... ¡Oh! no trateis de negarlo: participais ahora de mis mismas dudas y sospechas. ¡Quién de vosotros se atrevería á sostener que, bajo el imperio de una emoción terrible, ese desgraciado no haya recobrado durante algunos minutos, la plenitud de su razon! Luego que os ha dicho haber visto el crimen y os ha dado el nombre del culpable, habeis alzado los hombros. Pero han venido otros testigos y del conjunto de sus deposiciones resulta un lío de presunciones terribles...

Se animaba.

La costumbre profesional, más fuerte que todo, recobra su superioridad.

—El señor de Boiscoran, prosiguió, ha venido esta noche á Valpinson. Este hecho es incontestable. Pero ¿cómo ha venido? Ocultándose. Del castillo de Boiscoran á Valpinson hay dos caminos frecuentados; el de Bréchy y

el que rodea los estanques. ¿Cuál de los dos ha tomado el señor de Boiscoran? Ninguno. Para llegar ha cortado derecho á través de las lagunas, con riesgo de quedarse en un pantano ó verse obligado á meterse en el agua hasta los hombros. Para regresar se mete en el bosque de Rechepommier, á despecho de la obscuridad y á pesar del peligro evidente de perderse y andar errante hasta el día siguiente. ¿Qué esperaba, pues? No ser visto, eso se desprende de todo sentido. Y de hecho, ¿á quién encontró? A un acosador de mujeres, á Robot, que también se oculta para ir á sus citas amorosas; á un ladrón de leña, Gaudry, cuyo único objeto es el de escapar de los gendarmes; á una arrendadora, en fin, la señora Courtois, retardada por una circunstancia fortuita. Había tomado todas sus precauciones, pero la Providencia velaba....

—¡Oh!..... ¡la Providencia!..... gruñó el doctor Signebos, ¡la Providencia!....

Pero el señor Galpin-Daveline no escuchó la interrupcion.

Y siempre más aprisa:

—¿Podemos al menos, continuó, invocar en favor del señor de Boiscoran ciertas discorancias del tiempo?... No. ¿Ea qué momento fué apercibido en su camine? A la caída de la noche. Ribet declaró que eran las ocho y

media de la noche cuando el señor de Boiscoran atravesó los derrames de los estanques de la Seille. Entónces, ¿cómo pudo estar á las nueve y media en Valpinson? A esa hora no se habia cometido el crimen todavia. ¿A qué hora lo encontraron volviendo para su casa? Gaudry y la señora Courtois os lo han dicho: despues de las once, hora en que ya estaba herido el señor de Claudieuse y Valpinson ardia. ¿Sabemos alguna cosa de las disposiciones del espíritu del señor de Boiscoran? Sí, sabemos algo. Venia con toda su sangre fria. Se sorprendió mucho de encontrar á Ribot, y sin embargo, le explicó su presencia en aquel estrecho, casi peligroso, y tambien por qué llevaba en su espalda un fusil.

Tenia, asegura él, que ver á una persona de Bréchy y pensaba tirar á los pájaros del agua. ¿Es eso admisible? ¿Es eso ve así nil? Sin embargo, examinemos su actitud al regreso. Caminaba muy aprisa, declara Gaudry, parecia furioso y arrancaba puñados de hojas á las ramas. ¿Qué ha dicho á la señora Courtois? Cuando ella lo llamó, no se atrevió á huir, hay que confesarlo; pero no fué sino con mucha prisa como le prestó el servicio que ella le pidió. ¿Y despues? Su camino durante un cuarto de hora, es el mismo que el de esa mujer; ¿caminaba con ella? Nó. La deja precipi-

tadamente, tomando la delantera y se apresura á entrar á su casa porque cree que el señor de Claudieuse ha muerto; porque sabe que Valpinson está convertido en llamas, porque tiembla al escuchar el toque de arrebato de las campanas y el grito de ¡fuego!...

La justicia no procede generalmente con esa facilidad familiar: aquellos que la representan se estiman muy por encima del común de los mortales, para explicar sus impresiones, dar cuenta de sus movimientos y al parecer pedir consejo.

Sin embargo, cuando se trata de una indagacion, no es posible, hablando con propiedad, tener reglas fijas.

Desde el momento en que un juez de instrucion se posesiona de un crimen, toda latitud le es permitida para llegar hasta el culpable.

Dueño absoluto, sin más consejero que su conciencia, armado de poderes exorbitantes, procede á su modo....

Pero en el negocio de Valpinson, el señor Galpin-Daveline habia sido llevado por la rapidez de los acontecimientos.

Entre la primera pregunta dirigida á Cocolé y el momento presente, no habia tenido tiempo de reconocerse.

Y su proceder, habiendo sido público, lo había llevado fatalmente á la explicacion....

-- ¡Decididamente es una requisitoria en regla!... exclamó el doctor Seignebo.

Se habia quitado y vue te á poner furiosamente sus anteojos de oro.

-- ¡Y basada sobre qué? prosiguió con demasiada vehemencia, para que se le hubiera podido interrumpir: basada sobre las respuestas de un desgraciado, que yo, médico, he declarado inconscientes sus palabras. Es que la inteligencia no se ilumina ni se extingue en un cerebro como gas de un reverbero. ¿Es ó no idiota? siempre lo ha sido, lo seguirá siendo. Decis que las otras declaraciones son concluyentes. ¿Pero por qué os parecen como tales? Porque la declaracion de Cocolé os ha influenciado. Sin ella, ¿os ocuparíais de lo que ha hecho ó no el señor de Boiscoran? ¿Se ha paseado toda la noche! ¿Acaso no tenia ese derecho? Ha atravesado las lagunas. ¿Quién se lo impediría? Ha pasado por los bosques. ¿Es esto prohibido? ¿Le han encontrado! ¿No era eso natural? Pero no, un idiota lo acusa; todos sus gestos son sospechosos. ¡Habla! Es la sangre fria del malvado endarecido. ¡Calla! Remordimientos del culpable que tiembla de miedo. En lugar de recordar al señor de Boiscoran, Cocolé pudo pronunciar mi nombre. En

tonces acriminariais todos mis movimientos, y estad tranquilo, encontrariais mil pruebas de mi culpabilidad. Por lo demás, haria yo un bonito papel. No son mis opiniones todavia más avanzadas que las del señor de Boiscoran?... Hé aquí la gran palabra contra su maldad: el señor de Boiscoran es republicano; el señor de Boiscoran no reconoce otra soberania ni otra magistratura que las del pueblo....

-- Doctor, interrumpió el procurador de la República; doctor, no pensáis en lo que decis....

-- Si pienso, ¡voto á tal! y aun....

Pero fué de nuevo interrumpido por el señor de Claudieuse, esta vez.

-- Por lo que toca á mi, declaró el conde, reconozco la fuerza de las probabilidades que invoca el señor juez de instruccion. Pero sobre esas probabilidades coloco un hecho positivo: el carácter del hombre acusado. El señor de Boiscoran es un hombre honrado y de corazon, incapaz de un crimen cobarde y odiado. Los demás aprobaron.

-- Y yo, pronunció el señor Seneschal, diré: ¿Por qué ese crimen? ¡Ah! si el señor de Boiscoran no tuviera nada que perder!.... No hay en la tierra un hombre más feliz que él, que es joven, todavia más de lo que parece, dota-

do de una salud admirable, inmansamente rico, estimado y buscado por todos! En fin, hay un hecho que permaneca todavía en secreto de familia, que puedo decirlo y que destruirá toda sospecha: el señor de Boiscoran ama profundamente á la señorita Dionisia de Chandoré, está casi loco por ella, y desde hace veinte dias su casamiento se ha fijado para el 20 del mes próximo ...

El tiempo pasaba, sin embargo....

Las cuatro y media acababan de sonar en el campanario de Bréchy.

El dia se aproximaba, haciendo palidecer la luz de las lámparas.

Se desvanecian las brumas matinales, el sol heria las vidrieras con sus alegres rayos.

Pero no lo habian notado ninguno de aquellos hombres, á quienes tan poderosas consideraciones habian reunido en derredor del lecho del señor de Claudieuse.

Sin una palabra, sin un gesto, el señor Galpin Daveline habia escuchado las objeciones que se le habian presentado, y ya era bastante dueño de sí mismo para que fuera difícil discernir las impresiones que presentia.

Al fin, irguiendo gravemente la cabeza:

—Mis que vosotros, señores, pronuncio, tengo necesidad de creer en la inocencia del señor de Boiscoran..... El señor Daubigeou,

que sabe lo que digo, puede afirmarlo.... Mi corazón, antes que el vuestro, aboga en su favor.... Pero soy el representante de la ley, y antes que mis afecciones está el cumplimiento del deber. ¿Depende acaso de mí el destruir, por absurda y estúpida que parezca, la acusacion de Cocolé? ¿Puedo hacer que tres declaraciones inesperadas no lleguen á dar á esa denuncia, un carácter verdaderamente inquietante!....

El conde de Claudieuse estaba desconsolado.

—Lo que hay de espantoso, decia, es que el señor de Boiscoran me cree su enemigo. Con tal que no llegue á imaginarse que esas sospechas indignas han sido sugeridas por mí. ¡Que no pueda levantarme!.... A menos, señores, que el Sr. de Boiscoran sepa bien que he declarado que respondo de él como de mí mismo!.... ¡Cocolé, detestable idiota!.... ¡Ah! ¡Genoveva, mi muy querida esposa, para qué lo han obligado á hablar!.... Se habria llamado obstinadamente sin tu insistencia.

La señora de Claudieuse sucumbió entonces ante las angustias de aquella espantosa noche.

Durante las primeras horas, habia estado sostenida por aquella exaltacion que sigue á las grandes crisis; pero después habia caido en cierta postracion, cerca del lecho de sus do-

hijas; y con la cabeza hundida en la almohada, parecía dormir.

Sin embargo, no dormía.

Al reproche de su marido se irguió, pálida, con las facciones hinchadas y la voz penetrante.

—¡Cómo!... exclamó, han intentado asesinar á Trivulce; nuestras hijas han podido morir presas de las llamas, y había de dejar escapar un medio de descubrir al miserable asesino, al cobarde incendiario!... ¡No! He hecho lo que debía. Cualesquiera que sean las consecuencias, no retrocedo....

—Pero el señor de Boiscoran no es culpable, Geneveva, es imposible que lo sea. ¿Cómo un hombre, que tiene la dicha inmensa de ser amado por Dionisia de Chandoré, que cuenta los días que lo separan de su enlace, había de cometer un crimen tan abominable?...

—¡Que demuestre, pues, su inocencia! dijo altivamente la condesa.

Con la mayor impertinencia del mundo, el doctor hizo chasquear sus labios.

—Esa es siempre la lógica de las mujeres, dijo con una especie de gruñido.

—Es cierto, replicó el señor Seneschal, que no tardará en reconocerse la inocencia del señor de Boiscoran. No resultará más que sospechoso; pero es tal la índole de nuestro pue-

blo, que esa sospecha hará sombra á su vida entera. De aquí á veinte años, hablando del señor de Boiscoran, se dirá todavía: "¡Ah! si, él fué quien incendió á Valpinson!..."

No fué entonces el señor Galvin-Daveline quien respondió, sino el procurador de la República.

—No podré, dijo tristemente, participar con el señor corregidor de la manera de ver las cosas, pero poco importa. Después de lo que ha pasado, el señor juez de instrucción no puede retroceder, su deber se lo prohíbe y todavía más el interés del hombre acusado. ¿Qué dirían los campesinos de estos lugares que han escuchado la declaración de Coeolé y de los demás testigos, si se prescindiera de la indagación? Dirían que el señor de Boiscoran era culpable y que si no se le perseguía era por ser noble y rico. Por mi honor, creo en su inocencia absoluta. Pero precisamente porque esa es mi convicción, sostengo que es necesario ponerlo en el caso de demostrarlo victoriosamente. Debe tener los medios. Cuando encontré á Rivot le dije que se dirigía á Béchy para ver á un....

—¿Y si no fué? objetó el señor Seneschal. ¿Y si no vió á nadie? ¿Y si todo eso fué un pretexto para satisfacer la indiscreta curiosidad de Ribot....

—Entonces nada perderá por decir la verdad á la justicia. No estoy con inquietud. Además, hay una prueba material que mejor que todo, disculpa al señor de Boisecoran. Y es que, por imposible que parezca, si hubiese tenido el propósito de matar al Sr. de Claudieuse, habría cargado su fusil con bala, en lugar de hacerlo con plomo de caza....

—Y no hubiera errado el tiro á diez pasos, dijo el conde.

Dos precipitados golpes que sonaron en la puerta los interrumpieron.

—¡Adelante! gritó el Sr. Seneschal.

La puerta se abrió, y se presentaron tres aldeanos, azorados, pero visiblemente satisfechos.

—Acabamos, dijo uno de ellos, de encontrar una cosa singular.

—¿Cuál? preguntó el señor Galpin-Daveline.

—¡A fé mia! se diría que es un estuche, pero Pitard asegura que es la envoltura de un cartucho.

El señor de Claudieuse se levantó sobre sus almohadas.

—¡Mostralla!..... dijo apresuradamente. He disparado hace días á algunos tiros de fusil al rededor de la casa, para espantar á los pá-

jaros que se comían nuestras frutas: veré si esa envoltura proviese de mí.

El aldeano se la presentó.

Era una envoltura de plomo, como las que tienen los cartuchos de dos ó tres sistemas de fusiles de caza americanos.

—¡Cosa singular! estaba ennegrecida por la inflamacion de la pólvora; pero no estaba rota ni habia fallado por la explosion.

Estaba tan perfectamente intacta, que podia leerse todavia con letras realizadas, el nombre del fabricante: "Klebb."

Esta envoltura jamás me ha pertenecido... dijo el conde.

Pero al acabar de hablar se habia puesto tan extraordinariamente pálido, que su mujer se le aproximó, é interrogándole con una mirada en la que se leía la más horrible angustia:

—¿Y bien? dijo.

El conde no respondió.

Era tal en aquel momento la elocuencia decisiva de su silencio, que la condesa, comprendiendo la causa de que se pusiera malo, murmuró:

—¡Cocclé tenia, pues, toda su razon!....

Ni un detalle de esta rápida escena se habia escapado al señor Galpin-Daveline. En todos

los semblantes que se encontraban en su alrededor había podido sorprender como una expresión de espanto.

Pero tuvo buen cuidado de no dar á comprender nada.

Tomó de las manos del señor de Claudieuse aquella envoltura metálica, que podía llegar á ser una pieza de convicción de la más terrible importancia: durante un minuto la volvió en todos sentidos, y jugando con ella, la examinó con una escrupulosa atención.

Después, dirigiéndose á los aldeanos que de pie y respetuosamente descubiertos estaban en la entrada:

—¿Dónde habéis encontrado esos restos de cartucho, amigos míos? preguntó.

—Muy cerca de esa antigua torre que queda del viejo castillo donde se guarda la herramienta y que está cubierta de yedra.

Ya el señor Seneschal había dominado el estupor que lo había sobreecogido, viendo palidecer y callarse al conde de Claudieuse.

—Seguramente, dijo, no fué allí donde tiró el asesino. De ese lugar no se ve la entrada de la casa.

—Es posible, respondió el juez; pero la envoltura de un cartucho no cae necesariamente, en el lugar donde se hace fuego. Cae cuan-

do se abre el cañón del fusil para recargar.

Eca a ¡ello tan exacto, que el mismo doctor Seignebois no se atrevió á protestar.

—Ahora, amigos míos, dijo el señor Galpin. Daveline, decidme ¿quién de vosotros ha encontrado los restos del cartucho?

—Estábamos juntos cuando lo aperecibimos y lo alzamos.

—¡Y bien! decidme los tres vuestros nombres y vuestros domicilios, para que pueda, en caso de que sea necesario, citaros con regularidad.

Obedecieron, y llenada aquella formación, se retiraron saludando con muchas caravanas, cuando llegó á la casa un caballo cuyo galope hacía zumbar el aire.

Un instante después, el hombre que había sido enviado á Sauveterre para buscar las medicinas, entró. Estaba furioso.

—¡Pícaro farmacéutico!.... exclamó, creo que nunca me abriría.

El doctor Seignebois se apoderó de los objetos que le habían traído.

Inclinándose entonces delante del juez de instrucción, con aire de irónico respeto:

—Ignoro, señor, dijo, lo urgente que sea cortar el cuello del asesino, pero creo que por

lo pronto debemos salvar la vida del asesinado. He interrumpido la curacion del señor de Claudiuse tal vez más de lo que permitia la prudencia... Os suplico tengáis la bondad de dejarme solo, para cumplir en paz con mi mision....

VI

Desde aquel momento, nada detenia ya al juez de instruccion, al procurador de la República y al señor Seneschal.

Es seguro que el señor Seignebos pudo expresarse de una manera más conveniente; pero el querido doctor habia empleado maneras demasiado bruscas, siendo inaudita la facilidad con la cual, en nuestro pais de cortesias, los seres más vulgares se hacen respetar bajo el pretexto de que son así, y es preciso recibirlos tal cual ellos son.

Así es que despues de haber saludado á la condesa de Claudiuse y de estrechar la mano del conde, prometiéndole prontas y seguras informaciones, salieron.

Falto de combustible el incendio se extinguió.